



Miranda Jarrett



Belleza Rendida

Harlequin Internacional

Uno

Roma, Italia
Octubre, 1784

Lady Diana Farren estaba de pie frente a la ventana de la sala de sus aposentos en la Piazza di Spagna, observando la lluvia caer sobre las hojas de los árboles en el jardín de abajo. Todo el mundo le había prometido que Roma sería encantadora, fascinante, la mejor ciudad eterna entre todas las del continente. Aun así, tras una semana de lluvia y compañía tediosa, de horas interminables visitando iglesias, templos, estatuas y cuadros, lo único eterno que había descubierto allí era el aburrimiento.

Si su vida hubiera ido como la había planeado, en ese momento estaría en la casa familiar en Grosvenor Square, en Londres. Sería la chica más valorada de la nueva temporada, con montones de jóvenes lores luchando por su atención. Tenía dieciocho años y era guapa: un hecho, no una exageración; al igual que era un hecho que valía una fortu-

na de al menos veinte mil libras sólo por ser la hija menor del duque de Aston.

Pero esos hechos no la habían librado de Roma. Nada lo había conseguido. En vez de eso, una tarde de junio, había sido descubierta en los establos de su padre con un mozo de cuerdas cuya cara intentaba no recordar, y había sido enviada al extranjero como castigo. Había sido expulsada realmente. Era lo que ocurría al desafiar las decisiones de su padre. Finalmente, había acabado con su paciencia.

Pero las cosas habían empeorado en Francia. Sin ser culpa suya, había sido golpeada en la cabeza y secuestrada a las órdenes del más libertino y decrépito de París, el conde de Archambeault. Por suerte, el conde estaba mortalmente enfermo y había sido incapaz de causarle ningún daño. Pero el escándalo se había extendido, relacionando su nombre con incontables rumores y mentiras.

Ahora estaba condenada a vagar por Italia como una desafortunada gitana al menos hasta la primavera, con su institutriz, la señorita Wood, que la vigilaba como un halcón. Para cuando regresara a Inglaterra, los mejores solteros ya habrían sido elegidos por otras chicas, o habrían salido espantados por su reputación. Sólo quedarían los tontos desdentados. Nunca descubriría el tipo de amor que había encontrado su hermana con su marido: amor pleno, apasionado y para siempre. ¿Era mucho pedir esperar tener lo mismo? Tal vez nunca se

casara, tal vez se quedara sola y amargada como la señorita Wood.

Diana respiró profundamente, tratando de contener las lágrimas. Era mejor estar aburrida que tener morriña, pero, con la lluvia, la morriña iba ganando puntos. Echaba de menos a su hermana y a su padre, a sus amigas y a sus primos. Echaba de menos a los jóvenes que flirteaban con ella, haciéndole reír. Echaba de menos su habitación en su casa de Aston Hall, y el modo en que el sol entraba por las ventanas por la mañana. Echaba de menos Inglaterra: las palabras que podía comprender sin usar un diccionario de bolsillo, la gente que se reía de las mismas cosas que ella, la comida y la bebida que la reconfortaban con su familiaridad.

Estaba tan perdida en su propia tristeza que no oyó cómo la otra persona se reunía con ella junto a la ventana hasta que no fue demasiado tarde para escapar.

—*Buongiorno, mia gentildonna bella* —comenzó el caballero—. *Mi scusa, non posso a meno di...*

—*Per favore, signore, no* —dijo Diana sin darse la vuelta. ¿Qué podía ser más directo que eso? Ya había tenido práctica suficiente en ese viaje; los italianos podían ser muy persistentes y, si pretendía volver a ver Londres alguna vez, tendría que mostrarse severa—. *Grazie, no.*

—*Ahh* —el hombre se aclaró la garganta—. *No speranza, mia gentildonna?*

Diana frunció el ceño. Pensaba que le estaba

preguntando si podía ofrecerle alguna esperanza o estímulo, pero no estaba segura. Su italiano era tan limitado que tenía que tener cuidado. Ya había sufrido una desafortunada, aunque increíble, experiencia al pensar que un sirviente estaba ofreciéndole más té, cuando realmente estaba pidiéndole un beso.

—*Sono spiacente, signore, noi non sono stato introdotto* —lo siento, señor, no nos han presentado. Ésa era su frase para casi todas las preguntas—. *Grazie, no.*

Pero el hombre no se dio por vencido, y Diana suspiró. Hasta el momento, había pensado que la señorita Wood y ella eran las únicas invitadas en el palacio del señor Silvani, y que se había quedado sola en la sala común. Si aquel impertinente caballero no se marchaba, tendría que marcharse ella y regresar a la suite que compartía con la señorita Wood y con los sirvientes.

Cerró el abanico que tenía en la mano y se dio la vuelta para marcharse.

—*Arrivederci, signori.*

—No se vaya, por favor. *Parla inglese, mia gentildonna?*

Sorprendida, Diana se detuvo, pero no miró hacia atrás. El hombre no parecía por su acento italiano, pero sí joven y encantador; e increíblemente guapo, si acaso podía confiarse en un sonido.

—Claro que hablo inglés, señor —dijo ella—. ¿Qué hablaría si no una mujer inglesa?

—Entonces tenemos eso en común dijo él—. Porque yo también soy inglés.

—¿De verdad, señor? —tendría que darse la vuelta. Lo que resultaba necesariamente desalentador para un caballero extranjero, sería completamente maleducado para un caballero inglés.

De modo que sonrió y se volvió. El caballero no sólo era inglés, sino guapo, con pelo rubio y rizado, una sonrisa encantadora y unos ojos azules que parecían brillar tanto como para iluminar aquel día gris. Aunque no era alto, tenía la complexión fuerte de un caballero inglés de campo, con un pecho ancho bajo el chaleco. También era joven, no mucho mayor que ella. Su sonrisa creció y se volvió genuina.

—Buenos días, señor —dijo ella sin hacer una reverencia, imaginando que su rango estaría por debajo. Buscó con la mirada a la señorita Wood, pero no había nadie más en la sala. Sólo ellos dos y el sonido de la lluvia.

Diana sabía que no debía hablar con él. Debía dejar de lado su sonrisa y mostrar indignación. Debía regresar a su habitación. Si deseaba poder regresar a Londres, no debía fallar.

¿Aunque qué daño podrían hacerle unos minutos en compañía de aquel caballero? Por su acento y sus modales, estaba segura de que era un caballero. Y, si además era otro de los invitados de aquel palacio tan particular, debía de tener también unas refe-

rencias impecables, pues aquel alojamiento era el más exclusivo de la zona.

—La he asustado, ¿verdad? —dijo él, malinterpretando su silencio—. Llegar por detrás, sin hacer ruido. ¡Perdóneme, milady!

—No me asusto tan fácilmente —dijo ella—. Hace falta algo más. ¿Y cómo ha sabido que soy una dama?

—Lo he adivinado —confesó él con una sonrisa—. Y he acertado, ¿verdad, milady?

—En efecto —Diana giró la muñeca y le dio un golpe en el brazo con el abanico, lo suficiente para dejar claro que ella seguía teniendo ventaja—. Al igual que yo adivino que es usted un caballero.

—Un caballero, ¿pero no un lord?

—Quizá —dijo ella entornando los ojos—. Su sastre lo diría, y probablemente también su tutor en la escuela. Si se hospeda aquí, con la bendición del señor Silvani, entonces probablemente sea lo que dice ser.

—Pero no es así —dijo él—. Me refiero a lo de hospedarme aquí. Mis aposentos están en esta misma calle. Sólo estoy visitando a mi tío.

—Su tío —Diana abrió el abanico, sosteniéndolo justo por debajo de la barbilla y sonriendo—. Y ahora me está visitando a mí.

—¿Lady Diana? —la voz de la señorita Wood resonó por el pasillo desde sus aposentos—. ¿Dónde está, milady?

Diana cerró el abanico de golpe.

—Es mi institutriz —dijo—. No puedo dejar que le vea aquí conmigo. ¡Deprisa, debe esconderse!

—¿Esconderme? —el caballero sonrió con indulgencia—. No es necesario, milady.

—Claro que lo es —Diana le agarró del brazo y miró a su alrededor—. Ahí, detrás de esas cortinas. Me desharé de ella lo antes posible.

Pero él no se movió.

—No me avergüenza estar con usted, milady.

—No es eso, señor. Es que... señorita Wood, me ha encontrado —exclamó con una sonrisa, soltando al caballero—. Me dirigía a responder a su llamada cuando este caballero me lo ha impedido.

Con las manos entrelazadas en la cintura, la señorita Wood no contestó al principio, tomándose su tiempo para juzgar la situación por sí misma. Finalmente asintió.

—Buenos días, señor —dijo con voz fría como el hielo—. Perdóneme por hablar tan claramente, pero no creo que se haya presentado correctamente a milady. Milady, venga conmigo.

Diana suspiró con frustración. Lo único que deseaba era tener una conversación, una ligera distracción. No pretendía causar escándalo ni hacer nada que pusiese en peligro su regreso a Londres.

Pero no tenía sentido discutir con la señorita Wood, porque, como de costumbre, tenía razón. Diana y aquel caballero no habían sido correcta-

mente presentados; ni siquiera sabía su nombre. Además, si era como los demás, se retiraría a toda prisa, el muy cobarde. A ningún hombre le gustaba que le recordaran la furia de su padre, a pesar de que estuviese a cientos de kilómetros de distancia.

Tragó saliva y levantó la barbilla, preparada para seguir a la señorita Wood y volver al aburrimiento más innegable.

Pero, para su sorpresa, el caballero habló primero.

—Espere un momento, señorita Wood —dijo con voz fuerte—. Si lo único que falta entre nosotros es una presentación, entonces preséntenos correctamente.

Diana se quedó con la boca abierta, asombrada de que un caballero se hubiera atrevido a desafiar la autoridad de la señorita Wood.

Pero la señorita Wood seguía sin parecer convencida. Se detuvo y se enderezó frente a él todo lo que pudo.

—¿Cómo puedo presentarle, señor, si ni siquiera nos han presentado a nosotros?

—Entonces lo haré —el hombre hizo una reverencia, más hacia Diana que hacia la institutriz—. Señorita Wood, soy lord Edward Warwick, y mi padre es el marqués de Calvert. Si no me cree, sólo tiene que preguntárselo a mi tío, que también está hospedado aquí.

—Milord, es un placer conocerlo —dijo Diana

ofreciéndole su mano. Ciertamente, el heredero a un título habría sido preferible al hijo menor, pero, después de que su hermana se hubiera casado con un irlandés de moral cuestionable sólo por amor, su padre consideraría al segundo hijo de un marqués como un candidato importante—. ¡Ni siquiera la señorita Wood puede interponerse!

Pero la señorita Wood podía, y se colocó inmediatamente entre ellos.

—Si no le importa, ¿puedo preguntarle quién es su tío?

Lord Edward sonrió y dijo:

—Mi tío es el reverendo lord Henry Patterson, el anciano que reside en la suite al final del pasillo. Está tan inmerso en sus estudios y su escritura que apenas sale, pero es el inglés más honorable que hay en Roma.

—Oh, señorita Wood, ni siquiera usted podrá encontrar objeciones con una recomendación así —dijo Diana, contemplando el rostro de lord Edward. Hacía meses que un caballero inglés no la miraba con tal admiración.

Lord Edward no se habría enterado del episodio con el mozo de cuerdas en Aston Hall, o de su flirteo con el guardia en Chantilly, ni siquiera del asunto de París y el secuestro. Lo único que lord Edward sabría de ella sería lo que veía y lo que le contara. Con un poco de discreción, cualquier cosa era posible.

—Sabe exactamente qué decir para tranquilizar-

nos, milord —continuó alegremente—. ¿Qué mejor referencia que la iglesia de Inglaterra?

—Ninguna, milady —dijo la señorita Wood severamente—. Pero deje que le recuerde que debemos tener cuidado, después de...

—Venga conmigo —dijo lord Edward dándole la mano a Diana, llevándola al pasillo—. Puede conocer a mi tío usted misma.

—Esto no está bien, milord —protestó la señorita Wood, corriendo tras ellos—. No está bien. Dado que el rango de milady es superior al suyo, es usted quien debe ser presentado, no al revés.

Pero lord Edward ya estaba abriendo la puerta de la otra suite.

—Tío, soy Edward otra vez —dijo mientras entraba—. He descubierto a las damas inglesas que viven aquí y las he traído para que des tu aprobación.

En una enorme habitación que debía de hacer las veces de sala, estudio y comedor se encontraba sentado un hombre mayor junto a una mesa, frente a la ventana abierta. A pesar de que la lluvia golpeaba en el alféizar, él estaba doblando los papeles en el borde de la mesa, demasiado absorto en su trabajo como para darse cuenta. Con el ceño fruncido, sostenía una magnífica copa de cristal en una mano y una pieza de cerámica en la otra, mientras fumaba de una pipa de arcilla blanca.

—Tío, por favor —dijo lord Edward tras aclararse la garganta—. Las damas.

—¿Eh? —asustado, el reverendo lord Henry Patterson giró la cabeza y sonrió. Dejó la pipa y la pieza de cerámica y se puso en pie—. Sí, claro, Edward. Las damas. ¿Qué tal, queridas? Hace un día bastante malo, ¿verdad?

—Desde luego —dijo Diana con una sonrisa, dando un paso hacia delante, con la intención de poner fin a las tonterías de la señorita Wood sobre las presentaciones formales—. Soy lady Diana Farren y ésta es mi institutriz, la señorita Wood. Y estamos encantadas de conocer a dos caballeros ingleses en un país extranjero.

—¿Lo ve, tío? —dijo lord Edward—. Ya le he dicho que había encontrado a unas auténticas damas. Lady Diana, puede que usted esté encantada, pero para mí también es un honor.

—Milady es la hija menor del duque de Aston —anunció la señorita Wood con rigidez—. Ella no está interesada en vivir aventuras, milord. Viaja por Italia para adquirir sabiduría y educación.

—Entonces usted debe de ser su guía en esa educación, señorita Wood —dijo el reverendo Patterson—. Debe de ser usted un gran parangón de sabiduría, si el duque le ha confiado la educación de su hija.

—Es usted demasiado amable, milord —dijo la señorita Wood—. Pero no se me ocurre tarea más noble que guiar a la hija del duque para mejorar su carácter, así como el mío.

—Por supuesto, por supuesto —dijo el reveren-

do—. ¿Quiere que le enseñe mi última adquisición, señorita Wood? Seguro que una mujer con sus inclinaciones culturales apreciará una confección así. Un ánfora pintada que ya era antigua en los tiempos de César.

— Muchas gracias, reverendo —dijo la señorita Wood, dirigiéndose hacia la mesa con más avidez de la que Diana recordaba haberle visto jamás—. Nada me proporcionará más placer.

Diana se giró hacia lord Edward y dijo:

— Lo ha arreglado todo con mucha facilidad.

— Yo prefiero creer que ha sido el destino —dijo él llevándose la mano al corazón—, que me ha traído junto a usted, milady.

— No creo una palabra de eso —dijo ella—, y usted tampoco.

— ¿No cree en el destino?

— Así no —contestó Diana dando un paso atrás—. Más bien creo que controlamos nuestra propia vida y nuestro destino, con la libre voluntad que Dios nos ha dado. De lo contrario seríamos barcas sin rumbo en la corriente de un río. Eso es lo que yo creo. Y sospecho que usted también.

— ¿Ya sospecha de mí, milady?

— De lo que sospecho, lord Edward, no es de usted en general, sino de sus acciones —dijo ella sonriendo.

— ¿Mis acciones? —preguntó él con incredulidad—. ¡Pero si sólo nos conocemos desde hace media hora!

—Es tiempo más que suficiente, por muy nobles que puedan ser sus motivos —Diana desplegó el abanico y lo agitó lánguidamente bajo su barbilla, mientras caminaba lentamente hacia la ventana. No se había divertido tanto desde que abandonara Inglaterra—. Sospecho que está tan aburrido como yo en Roma, pues toda la gente interesante sigue en sus villas durante el verano.

—¡En absoluto! —exclamó él—. Yo sólo...

—Por favor, milord, no he terminado —dijo ella suavemente—. Sospecho que fue a la sala común con la intención de conocerme. Y sospecho que, de algún modo, convenció a su tío para que entretuviese a la señorita Wood y así poder estar solos, como estamos ahora. Ésas son mis sospechas con respecto a usted, milord.

—Entiendo —dijo él, colocándose las manos en la espalda y frunciendo el ceño mientras la seguía—. ¿Y aun así me culpa porque no esperé a que el destino la cruzara en mi camino?

—No he dicho que sea su culpa, milord —dijo ella—. He dicho que sospechaba que no creía en el destino al igual que yo, y luego le he contado mis demás sospechas para demostrarlo.

—¿Entonces tengo su favor, milady?

—Aún no —dijo Diana cuando se colocó junto a ella en la ventana—. Pero debo decir que no es normal que un caballero sea tan directo en sus atenciones.

—No deseo ser su barco a la deriva, milady —dijo él—. Considéreme la corriente del río, listo para llevarla conmigo donde usted desee.

Diana se rió suavemente, intrigada. La mayoría de los hombres se quedaban demasiado sorprendidos por su belleza y por el poder de su padre como para hablar con tanta decisión. Le gustaba eso. ¿Qué tipo de marido sería lord Edward?

—¿Y dónde propone llevarme exactamente, lord Edward?

—Donde usted desee, milady.

—¿Pero dónde desea usted? ¿O debería decir cómo?

—¿Cómo lo deseo? —se carcajeó—. Hay algunas cosas que preferiría demostrar en vez de explicarlas, lady Diana.

—Olvídelo, milord —dijo ella, riéndose detrás del abanico, y miró hacia su institutriz y el tío de lord Edward, que estaban inclinados sobre la pieza de cerámica—. No es ni el momento ni el lugar.

—Entonces hablaremos de Roma —dijo él apoyándose contra la pared con los brazos cruzados sobre el pecho—. Es un tema seguro, ¿verdad?

Diana se encogió de hombros y se apoyó en la ventana frente a él, permitiéndole decidir qué era seguro y qué no.

—Hay muchas cosas interesantes en Roma, tanto antiguas como modernas —prosiguió él—.

Por eso nosotros, los ingleses, hacemos este viaje, ¿verdad? Nuestras opciones son incontables.

Diana arrugó la nariz y miró por la ventana.

—Nada de aburridos museos o iglesias polvorientas, se lo ruego. Ya he tenido bastante con la señorita Wood, viajando por Francia e Italia escuchando sus reprimendas a cada paso.

—Pero esto es Roma —dijo él—, y le prometo que puedo hacer que hasta la ruina más polvorienta sea interesante.

—No soy una intelectual, lord Edward —le advirtió ella—. Los edificios destruidos nunca son interesantes.

—Conmigo lo serían.

Diana se encogió de hombros, fingiendo indiferencia. En realidad, no se le ocurría nada más que cambiar las visitas con la señorita Wood por las suyas—. Ya tengo una institutriz, milord. No necesito más.

—Entonces venga conmigo mañana y le mostraré Roma como nunca la había visto —dijo él—. Mi carruaje estará esperando después del desayuno. Ya verá. Cambiará de opinión.

—Tal vez —dijo ella—. Mire, lord Edward, allí. ¿Ve el arco iris?

—No recuerdo la última vez que vi un arco iris —dijo lord Edward, saliendo junto a ella al pequeño balcón—. Yo diría que es una señal, milady. La conozco y las nubes se van. Me sonrío y aparece un arco iris.

Pero Diana estaba apoyada sobre la barandilla observando el carruaje abierto que pasaba por la calle. Los pasajeros debían de haber confiado también en la promesa de ese arco iris, pues llevaban sólo sombrillas de color esmeralda para protegerse: tres hermosas mujeres riéndose sin parar, con provocativos vestidos de encaje que destacaban sus pechos. El carruaje parecía estar lleno con sus faldas de seda y, a medida que el vehículo avanzaba, sus sombrillas ondeaban al viento.

—Es una imagen terrible para que la contemple una dama como usted —dijo lord Edward—. Un puñado de *filles de l'opera*.

—Eso es francés —Diana sabía perfectamente lo que quería decir; que esas mujeres eran prostitutas, pero quería oírse lo decir—. Esas mujeres son italianas.

—Bueno, sí —admitió él—. Sobra decir que son mujeres de baja moral del mundo de la escena.

—¿Pero no es cierto que a las mujeres de cualquier tipo les está prohibido subirse a un escenario en Roma? —preguntó ella, repitiendo lo que le había oído decir a su casero—. ¿Acaso todos los papeles femeninos en las obras y óperas no son interpretados por hombres?

—Cierto, cierto —dijo lord Edward—. Me obliga a ser directo, milady. Probablemente esas mujeres sean amantes de hombres ricos, y no debería fijarse en ellas.

Pero no eran las mujeres las que habían llamado la atención de Diana, sino el hombre que iba sentado con insolencia entre ellas. Se preguntaba si podría tenerlas a las tres como amantes, como un sultán con su harén.

Iba sentado en el medio del carruaje, con los brazos sobre los hombros de dos de las mujeres y las piernas cruzadas y apoyadas en el asiento de enfrente. Era guapo y moreno, como las mujeres, y llevaba el pelo recogido con un lazo de seda rojo. Pero todo en él le resultó despreocupado, incluso atrevido, y desde luego nada inglés.

—¿Traerá un carruaje como ése mañana, lord Edward? —preguntó ella—. ¿Uno con ruedas rojas, y lazos y flores atados a las crines de los caballos?

—Sólo si lo alquilo en alguna feria, milady —dijo él negando con la cabeza—. La respeto demasiado para eso.

—Vaya —dijo ella—. Y yo que pensaba que sería divertido.

—Sería un escándalo —dijo él agarrándola del codo para meterla dentro—. Vamos, lady Diana. No se corrompa prestándoles atención.

Se dio la vuelta para regresar con los demás, mientras Diana se retrasaba un instante para ver por última vez el carruaje. Al hacerlo, el movimiento de su falda debió de llamar la atención del hombre moreno, que se giró y levantó la cabeza para mirarla. Durante un segundo, sus miradas se cruzaron. Él

se llevó dos dedos a los labios y luego estiró la mano hacia el balcón, un gesto a la vez elegante y seductor. No sonrió. No hacía falta. Aquel beso era suficiente.

—¿Lady Diana? —dijo lord Edward con impaciencia—. ¿Volvemos dentro?

—Oh, sí —dijo ella, sintiendo cómo el corazón se le aceleraba inexplicablemente—. De todas formas, el arco iris ya ha desaparecido.

Y, cuando miró una última vez por encima del hombro, el carruaje y el hombre también habían desaparecido.

Dos

Lord Anthony Randolph inclinó el decantador de cristal y volvió a llenar su copa.

—El verano ha acabado —dijo tristemente, levantando la copa hacia la luz de la ventana para admirar el color del vino—. Los demonios ingleses regresan para conquistar de nuevo a la pobre Roma.

Lucia se rió sin girarse hacia él, sentada frente a su tocador mientras su doncella le rizaba el pelo.

—¿Cómo puedes decir eso, Antonio, cuando tú eres uno de esos demonios ingleses?

—No seas cruel, Lucia —dijo Anthony antes de dar un sorbo al vino—. La mitad de mi sangre es inglesa, cierto, pero mi corazón es romano.

—Lo que, por supuesto, te da derecho a decir lo que te apetezca. Lo cual seguirías haciendo aunque hubieses nacido en la luna.

—Así es, querida —dijo él, sentándose en una silla junto a la ventana abierta y colocándose una almohada de terciopelo detrás de la cabeza. Anthony

estaba preparado para esperar. Aunque los días en que Lucia y él eran amantes ya hubiesen pasado hacía tiempo, como amigos eran mucho más tolerantes con los defectos del otro—. No puedo evitarlo. En cuanto los días comienzan a acortarse, los ingleses de cara estirada nos invaden en hordas, quejándose porque el vino es demasiado fuerte, el sol demasiado caliente y no hay *roast beef* en el menú.

—No me quejaré de los caballeros ingleses —dijo ella mientras se pintaba los ojos—. Son muy atentos y vienen de visita una y otra vez.

—¿Cómo no van a hacerlo, mi querida Lucia, cuando tú eres el gran premio que todos desean poseer?

—Oh, calla, Antonio —dijo ella—. Se podrían llenar las orillas del Tiber con todos los halagos que salen de tu boca.

—Justo como tú desees que sea, Lucia —dijo él con una sonrisa perezosa. Llegarían al menos una hora tarde a la fiesta que se celebraba en el estudio del pintor Giovanni, pero, en vez de quejarse por el retraso, hacía tiempo que había aprendido a relajarse y a disfrutar de la intimidad de la compañía de Lucia—. Nombra a otro hombre en la ciudad que sepa complacerte mejor que yo.

Lucia emitió un leve soplido mientras se pintaba los labios de rojo. Como una buena cortesana, sabía lo importante que era hacer una gran entrada, incluso en una fiesta entre amigos, y no se apartaría del

espejo hasta no estar segura de que cada detalle de su apariencia era perfecto. Además, esa noche le habían pedido que cantase como parte del entretenimiento. Su voz era tan hermosa como su rostro, y conocía el poder de ambas cosas. Era una injusticia terrible que el papa Inocencio XI hubiera prohibido que las mujeres cantasen en la ópera romana hacía casi setenta años. En cualquier otra ciudad, su voz le habría reportado grandes beneficios, y habría podido elegir amantes más interesantes que aquel gordo y jovial comerciante de vinos.

—No se te da mal —dijo por fin—, para ser un inglés de cara estirada.

Él emitió un gemido de manera dramática. Era cierto que su padre había sido un noble inglés, heredero de un condado tan al norte que el terreno bordeaba con Escocia. Aun así, en su viaje por Europa, su padre había descubierto el sol de Roma, y el amor en brazos de su madre, una noble adinerada por derecho propio. Los dos hermanos mayores de Anthony habían regresado a Inglaterra para estudiar, y se habían quedado allí tras la muerte de su padre, pero en sus veintiocho años Anthony no había salido jamás de Italia, contento de quedarse bajo el sol del sur y con la exuberante familia de su madre.

—Yo no tengo cara estirada, Lucia —dijo pacientemente, como si no hubieran tenido esa misma discusión muchas veces—. Ni tampoco soy

un mojigato, ni un maleducado como esos ingleses que viajan.

—¿Pero quién dice que no acabarás como ese pomposo que hemos visto hoy en el balcón? — bromeó Lucia mientras se ponía los pendientes—. Un año o dos, Antonio, y serás igual, con el chaleco demasiado apretado y la cara pálida y presuntuosa.

Anthony sabía a qué hombre se refería. ¿Cómo podría no saberlo? Estaba apoyado en el balcón, observando con desprecio mientras Lucia y él, acompañados de dos de las amigas de ella, pasaban por la Piazza di Spagna camino de un improvisado picnic en las colinas.

—Ese inglés es más joven que yo —dijo él—. Lord Edward Warwick. Lleva en Roma sólo un mes, aunque se cree que conoce la ciudad y sus secretos mejor que un romano. Me lo presentó hace una semana un amigo que debería haberlo pensado mejor. No tengo deseo de volver a verlo.

—No dirías lo mismo de la dama que estaba con él —dijo Lucia poniéndose en pie—. No puedes negarlo, Antonio. Te conozco demasiado bien. Vi cómo la mirabas, y ella a ti.

—No lo negaré —saboreó el resto del vino mientras recordaba a la mujer que estaba en el balcón junto a Warwick. Ella también era inglesa, claro. Nadie más se alojaba en la Piazza di Spagna. Además, estaba de pie apoyada en la barandilla con

esa rectitud que parecía caracterizar a las damas inglesas de buena familia, como si temieran el lujo de sus propios cuerpos.

Pero eso podía arreglarse con un buen tutor. El resto de ella merecía la pena el esfuerzo. Con la suave luz que se filtraba a través de las nubes de lluvia, su pelo parecía tan brillante como el oro, y su piel una delicada mezcla de nata y rosa sin una pizca de pintura. Muchos de los compatriotas de su padre le parecían pálidos y acabados, como si se hubieran quedado en la calle marchitándose. Pero aquella chica conseguía ser pálida sin resultar lánguida, delicada sin perder esa aura de pasión, de deseo.

Deseaba más de ella.

—Piénsalo mejor, Antonio —dijo Lucia—. ¿Merecerán la pena todos los problemas que esa chica te acarreará?

—¿Quién dice que me acarreará problemas?

—Yo lo digo —contestó ella—. Hablo en serio. Es inglesa. Es una dama. Probablemente sea virgen. Tendrá hombres a su alrededor, un padre, un hermano, un pretendiente; gente que cuide de ella. Ése será tu problema.

Anthony sonrió y le pasó el dedo por el puente de la nariz.

—Te preocupas demasiado, querida.

—Te conozco demasiado bien —dijo ella apartándole la mano.

—Y ella no me conoce en absoluto, la pobre criatura.

—Deseará no haberlo hecho cuando hayas acabado con ella —dijo Lucia—. Ninguna mujer sale inmune después de estar contigo.

—No recuerdo que tú te hayas quejado.

—No pongas en mi boca palabras que no he dicho, Antonio —dijo ella apretando los dientes como una tigresa. Tal vez cantase como un ángel, pero perseguía el resto de las cosas con más inspiración diabólica que divina—. Sabes que nunca me quejé cuando estaba contigo, y no pienso empezar ahora. Pero, para ti, el amor no es más que un juego, y puede que esa joven inglesa no sepa cómo juegas.

Anthony sabía que tenía razón. Siempre había disfrutado de las mujeres, y siempre había tenido cuidado de asegurarse de que disfrutaran estando con él. Por eso, y porque era rico, nunca le faltaban las amantes. Pero, aunque fuese un noble, prefería la compañía de cortesanas y algunas mujeres casadas con reputaciones escandalosas, mujeres que comprendían que el amor era sólo una diversión pasajera. Le aburrían las jóvenes respetables y, además, sus madres las mantenían alejadas de su camino. Tampoco le importaba. No tendría que casarse por dinero, por estatus o por conseguir un heredero. Lucia tenía razón: para él, el amor era un juego, y pensaba seguir jugando mientras pudiera.

—¿Desde cuándo eres tan amable, querida? Esa chica no es nada para ti.

—¿Y qué es para ti? ¿Otro de tus demonios ingleses, preparada para tu escarnio?

—Sólo es una hermosa criatura que he divisado en un balcón, Lucia —dijo él—. Sé razonable. No tienes derecho ni razón para estar celosa.

—¡Oh! —exclamó ella—. ¿Cómo te atreves a decirme eso? ¿Por qué eres tan testarudo y te niegas a darme la respuesta que merezco? ¡Tu vieja amiga, tu querida Lucia! ¡Eres imposible, Antonio! ¡Imposible!

Sacudió la cabeza con fuerza y salió de la habitación precipitadamente.

Anthony suspiró. Cualquier cosa era mejor que una escena con Lucia. La quería mucho, pero también era exasperante. Seguramente, esa preciosidad inglesa fuese distinta. Inocente. Tranquila. No tan dispuesta a morder. Un cambio agradable, un alivio, como una charca en mitad de un prado después de una tormenta en el mar.

Se puso el abrigo y agarró su sombrero, pensando en las maneras que tenía de alejar a esa chica de las garras de lord Edward. Se detuvo frente al espejo de Lucia para colocarse el sombrero de manera gallarda.

No era guapo para los cánones ingleses. Sus hermanos, más rubios, siempre solían bromear con él sobre su piel oscura y su pelo negro y rizado, su nariz prominente y su barbilla, todo heredado de la

familia de su madre. De su padre había adquirido los ojos grises y la sonrisa fácil, así como inteligencia y seguridad suficientes para hacer que las mujeres se olvidasen de su cara. La chica inglesa no sería una excepción. Guiñó un ojo hacia el espejo y se dirigió escaleras abajo, imaginando que ya sería seguro reunirse con Lucia en el carruaje. Debía de haber tenido tiempo suficiente para calmarse.

O quizá no.

—Imposible —murmuró ella, mirando para otro lado cuando Anthony subió al carruaje—. Eres imposible.

—No tengo por qué ir contigo esta noche, Lucia. Si tan imposible soy, tal vez sería mejor que fueses sola a la fiesta de Giovanni. De todas formas, a tu lado nadie se fija en mí.

—Claro que se fijan en ti, Antonio —dijo ella mirándolo fijamente—. Sabes tan bien como yo que nunca pasas desapercibido. Eres así.

—Puedo interpretar eso de muchas maneras, Lucia.

Pero Lucia no contestó, y volvió la cabeza hacia la ventana. Durante los quince minutos siguientes, circularon en silencio.

—Tu virgen de pelo rubio será fácil de encontrar —dijo finalmente—. El cónsul inglés puede decirte su nombre. No hay tantas como ella en Roma, sobre todo a principios de otoño.

—No he dicho que estuviera interesado en ella, ¿verdad?

—No hace falta que digas las palabras en voz alta para que te entienda, Antonio —dijo ella, llevándose un pañuelo al rabillo del ojo.

—Lucia, ya es suficiente —dijo Anthony con firmeza—. ¿No es tu adorado señor Lorenzo el amor de tu vida? ¿El único hombre en Roma con la devoción suficiente para tolerar tus rabietas y el dinero necesario para mantener tu estilo de vida?

—No estamos hablando de Lorenzo —dijo ella—. Estamos hablando de ti, Antonio, y de esa chica inglesa que planeas seducir. ¿Y si en esta ocasión pierdes tú? Ya estás encandilado por ella. No, embrujado. ¿Y si te aparta de nosotros y te lleva de vuelta a Inglaterra como un trofeo? ¿Y si nos abandona a todos por ella?

—Eso no ocurrirá, Lucia. No puede ocurrir.

—¿No? Estás muy seguro.

—Estoy seguro porque tengo razón —dijo él. Le agarró la mano y le dio un beso en los dedos—. Ninguna mujer en este mundo tiene semejante poder. Deberías saberlo, Lucia.

—Yo me cansé de ti primero, Antonio —dijo ella apartando la mano—. No dejes que tu orgullo de hombre te haga pensar otra cosa.

Anthony la miró con semejante escepticismo que ella se apresuró a seguir hablando.

—Debería dejar que te casaras con ella —dijo—.

Podrías convencerla para que te diera hijos, con la poca pasión que caracteriza a los ingleses.

—No harás que cambie de opinión, querida. No pienso casarme con ella ni con ninguna otra.

—¿Estás lo suficientemente seguro como para hacer una pequeña apuesta?

—¿Lo suficientemente pequeña para que Lorenzo no la cuestione, pero lo suficientemente grande para que me interese?

—Exacto —dijo Lucia inclinándose hacia él—. Apuesto a que, antes de que llegue el Adviento, estarás tan obsesionado con ella que tendrás que ser rescatado por tus amigos para que no te cases con ella.

—¡Casarme con ella! —Anthony se carcajeó ante semejante estupidez. Él con una esposa, una mujer que fuese con él hasta la tumba. Tal vez la chica fuese un cambio agradable, pero no lo suficiente como para que abandonara su vida de diversión en Roma por ella—. Acepto la apuesta, Lucia, y te diré cuál será tu precio. Ganaré. Seduciré a la chica, disfrutaré de ella tanto como ella de mí, pero nunca será mi esposa. No me cabe duda. Y, cuando gane, tú tendrás que cantar un aria entera en los escalones de la Piazza di Spagna.

—¿Mirando a la plaza? ¿Delante de toda Roma?

—Gratis, querida —dijo él.

No se le ocurría lugar más público. Los escalones habían sido construidos a principios de siglo, y

descendían por una inclinada pendiente desde la iglesia francesa de la Trinita dei Monti hasta la Piazza di Spagna, donde se encontraba una de las fuentes más importantes de la ciudad, la Fontana della Barcaccia. Lucia tendría una gran audiencia desde los escalones, y el hecho de que su actuación pudiera contemplarse desde el alojamiento de la joven inglesa hacía que la apuesta fuese más interesante.

—Un pequeño ejemplo de tu voz para toda Roma. Algo que no escapará a los bolsillos de Randolpho.

—¡Gratis! —exclamó Lucia, escandalizada—. Nunca canto... por nada.

—Ésa es mi propuesta. Si no la aceptas, la apuesta queda...

—Entonces, si pierdes cantarás tú —dijo ella rápidamente—. Tú, Antonio, que rebuznas como un asno. Si esa chica te destroza, como seguro ocurrirá, deberás cantarle tú en esos mismos escalones.

—De acuerdo —efectivamente, cantaba como un asno, y siempre después de haber bebido lo suficiente, pero estaba seguro de que nunca tendría que hacerlo. ¿Cómo iba a perder la apuesta?

—¡Y cien piezas de oro venecianas!

—Venecianas —dijo él. Sólo Lucia podía ser tan codiciosa. Ve preparando tu aria favorita, querida. Querrás cantar bien ante los ciudadanos.

—Te prometo que ensayaré y ensayaré, Antonio

—dijo con una sonrisa, mientras le golpeaba suavemente en la mejilla—. Para tu boda.

—Ése, miladies, es el gran Coliseo —dijo el reverendo lord Patterson señalando con su bastón por la ventana del carruaje—. Donde los guerreros paganos luchaban para diversión del César, y donde incontables víctimas fueron masacradas sólo con el movimiento de pulgar de un dictador despiadado. ¡Detrás de esas mismas paredes!

—Increíble —murmuró la señorita Wood—. ¡Pensar en lo que ocurrió allí dentro! Lady Diana, recuerda haber leído sobre los gladiadores en el Coliseo, ¿verdad?

Diana miró por la ventana. Llevaba tres días intentando mostrarse entusiasta por el bien de Edward, interesada en lo que le interesaba a él. Eso era lo que su hermana, Mary, había hecho con lord John Fitzgerald. Y había funcionado, pues se había enamorado tanto de Mary que se había fugado con ella para casarse de una manera muy romántica.

Pero no era fácil para Diana, sobre todo cuando a Edward la Roma antigua le parecía el tema más apasionante de conversación. Se inclinó hacia delante en su asiento, tratando de ver si había algo más que se le escapase, pero el Coliseo seguía pareciéndole otro montón más de piedras antiguas.

Y Edward se dio cuenta de ello.